

No sé por qué tartamudeo al expresarme, no sé por qué me sabe todo a cielo, cuando el ruiseñor levanta el vuelo, para trazar melódicos trinos.

No sé, más ¿ lo sabré ? Esfuerzo débil, que asedian nuestra felicidad y nuestro anhelo.

A veces andamos sin consuelo, sedientos como auténticos humanos.

Yo siento en lo más profundo un fuego ardiente, que me consume en llamas cada día sí me impides nadar en tu corriente; ¿ te imaginas tú acaso mi alegría si mañana te encuentro frente a frente y quedaran palabras todavía ?

Yo quisiera abrazarte en la madrugada, y hacerme como el agua, transparente, para andar unidos mutuamente, hasta el día final de la llamada. Te prometo luchar contra nuestra fuerza y salvar nuestro amor valientemente, dejando, complacido, que me aliente tu idílico sonreír enamorado.

El viento que me besa y me toca extiende tu perfume entre las flores, y llega justo allí, justo a las rocas donde te divisé de mil colores con la clara verdad en esta boca y la palabra amor entre esplendores.

La voz que me contiene es la voz de los árboles cuando el otoño empieza a recoger sus hojas, al menos esto aprendo y, otras veces es mi sombra; aquello que intento dejar atrás.

Así que me proyecto dentro de la oscuridad del frío tratando de ganar tiempo, por si llega el domingo que drena las piscinas y falla la carpa del circo.

La voz que me contiene es la voz que soy yo mismo, en uno de estos años descargados, de una profunda melancolía.

Dejáis que la palabra paso el horizonte que vista su piel de espuma y agua y su falda de música y relente matinal que ascienda hasta el origen de los tiempos donde el sol acaricia con sus besos rubios el resto de la nieve de las montañas.

Dejáis que escale, pura, la cumbre del silencio, que se destrence en música y canciones; que vaya del latido mineral del destino, al aliento del río estremecido.

Dejáis que sea relámpago de la noche, solitario en el desierto de los pechos, o caricia infinita de ternura. Con un galope de corceles grises, cruzó la vida de todos nuestros sueños, y nos dejó la fiebre en las pupilas, la lenta procesión de las imágenes, la sombra y el dolor clavados en el barro.

La tarde nos gotea, sobre el crepúsculo azul de la memoria de aquel cielo estrellado.

La nostalgia de un libro entre las manos, que irradia resplandores de dóciles gramáticas, el aroma de un bosque florecido bajo una lenta lluvia que el cielo nos regala.

Y fue todo tan breve como un vuelo de alondras, en la apacible pausa de la tarde.

Me queda la paciencia de sorprenderme de la vida, despacio, como esqueleto arrojado fuera a desnudar su cuerpo en la memoria de las gentes. Aprendo incertidumbres que apenas sí recordaré, mañana, cuando el solo acalore, el color que les arrancan de la vida.

Creo no equivocarme, cuando digo tontamente las verdades ante el rincón deshabitado y triste; nada es igual a su silencio mortecino que apenas, sí se atreve a decirme.

Me queda la paciencia de sorprenderme despacio, de la vida que, atropelladamente, salta, en trozos que no se, recomponer. Busco en la ilusión, una respuesta, a este dolor que agranda su discurso en la estrechez, de la vieja pantalla.

Me queda la vida, y la paciencia. Y la sorpresa de sorprenderme de la vida, poco a poco, como frágil muñeco que acomplejado fuera quitándose la ropa. En este recuerdo último que las gentes, guardamos de las cosas; que no sabemos recomponer.

Acaso, porque sentimos el peso de fuego que las palabras guardan, y jugábamos a incendiarnos, el tedio de los días diciéndonos verdades nunca justificadas.

Acaso, porque quemaba la piel en mil trozos; (donde un labio temblando deshojase el cáliz lleno del deseo) y acaso porque la memoria evoca.

Ahora los lejanos días de verano y su rostro; y acaso sobre todo, acostumbra, la mirada a adornar con excesivos laureles tiempos que quedan así, instantáneos y fugaces, que el viento no trae.

La luz tenía el mundo tomado en el lado de tus labios. El ojal de una palabra, y todo se nos desnudaría con la prisa del pétalo exacto del carmín. Y era una luz herida cómo la piel anónima que nos palpita tremendamente aquí en el eco de la sangre.

Si examinas mi rostro, lentamente, encontrarás tu voz en mis mejillas, encontrarás tu aliento dibujado en cada entorno oscuro de mi piel.

Grabaste, sobre mi vacío, un fluir de palabras abrasadas, y aunque guardo silencio, nunca antes, había hablado tanto, nunca antes.

Había destrenzado, tantas veces, todo mi corazón, para cantarte, para arrullar tu cuerpo, celebrando, todo el que brotaba de mis labios. En el suave calor de tus palabras, voy dejando mi nombre, voy dejando todo el que soy, un gemido apagado cómo el sueño. En la brisa desnuda que lo trae, en la brisa desnuda que después, lo vuelve transparente, descubriéndolo con su cálido abrazo, hasta fundirlo.

Amarrarlo a ella, hasta que ya son aire, junto al aire, solamente, aire donde se mezclan nuestras almas igual que se ha mezclado nuestro aliento. No enlazándose la una con la otra, sino muriendo los dos, por después, volver a una vida donde son solamente una voz en silencio.